

Tere Domínguez O.

Te  
ofrezco  
mis  
puertas

EL UNIVERSO QUE  
DESCUBRÍ GRACIAS  
AL CÁNCER DE OVARIO



Te ofrezco mis puertas

Tere Domínguez O.

Te ofrezco mis puertas

El universo que descubrí gracias al cáncer de ovario

Domínguez O., Tere

Te ofrezco mis puertas

Derechos reservados © Tere Domínguez O., 2019

ISBN 978-9962-13-183-0

Edición: Luis Yslas Prado

Diseño y diagramación: Maite Castellón

Ilustraciones: Miriam Espinoza

Fotografías de portada: Eduardo Molino Diez

Sesión fotográfica: Casa de Tere Domínguez O.

Maquillaje: Altamakeupheir (Instagram)

Asesoría de vestuario: María Paola Rojas Pardini

Aretes: Joia Boutique

Camisa y pantalón: Aida Vargas Couture

Pañoleta: FocusCare (Amazon)

Todos los derechos reservados. Queda prohibida, sin autorización escrita de los titulares de *copyright*, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento.

*Le dedico este libro a mi padre,  
quien me animó a leer y a escribir desde que era pequeña.*

## PRÓLOGO

# Un regalo inesperado

Por Julieta de Diego de Fábrega

«El coraje no es la ausencia de miedo, sino el triunfo sobre él. El hombre valiente no es aquel que no siente miedo, sino el que conquista ese miedo».

Nelson Mandela

Es difícil predecir cuándo la vida te va a lanzar una bola rápida, de esas que solo los grandes bateadores logran colocar justo en el punto dulce del bate antes de que llegue a las manos del cácher. Pero la vida tiene la manía de sorprendernos y las sorpresas no siempre llegan con globos y una serenata. Y es así como cualquier viernes del mes te dan la noticia de que tienes cáncer.

Ante el mismo escenario están quienes se desmoronan por completo, pierden la capacidad de pensar claramente y no atinan a trazarse un curso de acción; no faltan los que pretenden que todo sigue igual, y también están las “Teres”: personajes como quien escribió esta crónica, que frente al enemigo se vuelven estrategias brillantes y son capaces

de diseñar una hoja de ruta que los lleve exitosamente de principio a fin, aunque cuando de cáncer se trata, exitosamente no significa sin inconvenientes.

No existen tratamientos para el cáncer que pasen desapercibidos, todos tienen efectos secundarios inmediatos o a largo plazo y estos varían con cada paciente. Así, pues, aun cuando los médicos expliquen y vuelvan a explicar lo que se puede esperar, cada día llega con sus propias complicaciones.

Cuando conocí a Tere pensé que la nuestra sería una amistad casual, amarrada por ciertos intereses literarios que tenemos en común. Sin embargo, luego de tres o cuatro encuentros breves, surgió aquel evento que cambiaría completamente el rumbo de nuestro caminar. Ella había decidido viajar a Estados Unidos para obtener una segunda opinión sobre el tumor que le habían extraído recientemente. Y fue esta decisión la que produjo que se abrieran las compuertas de la comunicación. Yo soy sobreviviente de cáncer y gracias a la intervención de mi mamá quedé hablando con ella sobre el tema.

Ocurre que los problemas suelen unir a las personas de una manera singular. Quien haya vivido cualquier tragedia personal lo sabe. Cada una viene con una “misión”, y aunque no siempre es evidente cuál es, con el tiempo se revela claramente. En el caso de quienes hemos sobrevivido a una enfermedad catastrófica como el cáncer, queda el deber de ayudar, en lo que se pueda, a quienes están viviendo la experiencia. Aunque sea escuchando sus cuitas, que son muchas. Cuando se te acerca una “Tere”, la tarea es mucho más fácil.

No soy persona de usar adjetivos. Me empalagan y en la mayoría de los casos no hacen justicia a lo descrito, especialmente cuando de personas se trata. Intento entonces buscar a Tere más allá de las palabras, y quisiera que en estas páginas ustedes encontraran a la mujer que, frente a la adversidad, se empoderó de tal manera que no puedo menos que pensar que el cáncer se aterra ante su presencia.

Lo que empezó como un compartir sencillas recetas para evitar malestares y hacer más llevaderos seis meses de quimioterapia, fue evolucionando —y no lentamente— hasta desembocar en una amistad que cualquiera diría que tiene veinte años, y no escasos cinco o seis meses. Cuando lean esta crónica entenderán a qué me refiero. No entraré en detalles

para no arruinar la sorpresa. Y sorpresa fue la que me llevé cuando me enteré de que — “quimioterapia intercalada”— Tere había armado su primer libro. Uno de verdad, uno publicado apenas terminó su tratamiento y en el que generosamente nos permite asomarnos a lo más íntimo de su ser. En estas páginas encontraremos a la Tere asustada, a la valiente, a la organizada, a la desafiante, a la sumisa y a la comunicadora, entre otras. Veremos —y aprenderemos— cómo escoger entre los miles de consejos que llegan de personas que te quieren bien. Aprenderemos que no hay que dejarse matar de amor.

Tere describe esta crónica como un regalo y eso es exactamente lo que es: un regalo de vida, una brújula para el que no encuentra su norte; una caja de herramientas en la que cada quien puede escoger la que mejor le funcione. Ella no nos dice qué hacer ante las situaciones que enfrenta un paciente de cáncer, pero nos cuenta con absoluta candidez lo que ella hizo. Abre su alma sin tapujos y nos descubre el universo maravilloso contenido entre la fragilidad y la resiliencia; entre el miedo y la valentía. No se avergüenza de su cansancio; sabe que es parte del proceso. En ningún momento ha desviado su mirada de la meta: ganar la batalla.

En el desarrollo de esta crónica, su autora ha utilizado todos los recursos a su alcance. Los maneja de forma eficaz. No le huye a la tecnología, la suma siempre que sea útil y probablemente por eso ha logrado armar este hermoso volumen en tiempo récord. Recurre a la asesoría de expertos y sigue instrucciones sin sacrificar su independencia de criterio. Ha aprendido a escuchar los mensajes de su cuerpo —indispensable en esta batalla— y se ha dejado querer sin rebeldías y ayudar cuando lo ha considerado necesario.

Su plataforma de apoyo es sólida y confiable. La ha desarrollado a lo largo de su vida y por mérito propio. Familia, amigos, médicos, compañeros de faena y de aficiones, mentores, profesores, gente de siempre y gente nueva, todos han cumplido su rol a cabalidad. Ella los ha sabido dirigir meticulosamente como a los músicos de una orquesta, y el resultado final ha sido una sinfonía de amor y de solidaridad. ¡Me quito el sombrero!

Yo, personalmente, agradezco que Tere y su cáncer se hayan cruzado en mi camino. Agradezco que me haya invitado a sostener su mano y me haya permitido abrirle una que otra puerta. Agradezco el regalo de su amistad vivaracha y divertida, plena de experiencias



nuevas y refrescantes. Agradezco que me haya llevado a conocer su jardín rebosante de vida silvestre, fresco e impetuoso como su dueña. A veces pienso que hubiera sido maravilloso conocerla antes, sin embargo, estoy convencida de que todo ocurre en el tiempo y el momento justos. Y este era nuestro momento.

No dejen pasar la oportunidad de añadir este pequeño tesoro a su colección. Acérquense a su lectura sin ideas preconcebidas. Déjense llevar. Tere les mostrará un sendero lleno de experiencias enriquecedoras, que va mucho más allá de un manual para sobrevivir la quimioterapia. Acompáñenla a abrir sus puertas, a descorrer sus velos, a mirar debajo de las piedras, a perderse en su jardín interior. Será un viaje estupendo. Se los garantizo.

Gracias a todas las personas que me  
ayudaron a abrir estas puertas.

«Solo tengo un deseo en la mente  
cuando el día termine  
espero encontrar  
que mañana todo será  
igual para ti y para mí  
todo lo que necesito será  
mío si estás aquí».

Estrofa de la canción

*En la cima del mundo.* The Carpenters.



## CAPÍTULO 1

Recuerdo la mañana del viernes 2 de mayo de 2019 como si fuera hoy.

Mi esposo y yo estábamos sentados frente al doctor Charles Levenback, ginecólogo oncólogo del MD Anderson en Houston, cuando este nos extendió un papel:

—Aquí está el resultado de la patología.

—Cáncer de ovario —leí en voz alta—. ¿Lo que tengo es cáncer de ovario? —le pregunté mientras miraba el papel que temblaba en mis manos.

—Sí, se trata de un tumor en el área de las trompas de Falopio. La buena noticia es que no había nada regado en los órganos aledaños y que la patología que hicimos coincidió con la que se realizó en Panamá: todo lo que se retiró en la cirugía salió negativo de malignidad. Sin embargo, aunque el tumor se mantiene en estadio 1, ha sido catalogado como grado 2. Los manuales indican que lo que procede es un ciclo de tres a seis quimioterapias, pero la recomendación del panel de ginecólogos oncólogos reunidos ayer es que se haga un ciclo de seis. Así, sin más, con ese lenguaje aséptico y pragmático propio de la medicina, el doctor Levenback me dio esa noticia aquella mañana en Houston.

Quise morir cuando escuché esas palabras. Cáncer. Quimioterapia. Nunca había pasado por mi mente que los padecería. Recordé a mi abuela materna y a la hermana mayor de mi mamá, ambas se habían realizado tratamiento de quimioterapia debido al cáncer de mama. Sabía lo que ambas habían sufrido, lo que sufrimos todos. Respiré profundo y le pregunté al doctor:

—¿Hay algún estudio que diga qué pasaría si decido hacerme solo tres quimioterapias?

—No, no lo hay —dijo—. Es un tumor tan raro que hay pocos estudios al respecto. Estamos recomendando las seis para barrer cualquier partícula que se haya podido desprender en la cirugía que le hicieron en Panamá. Al ser un cáncer tan agresivo queremos tomar todas las previsiones.

—¿Cuál es el mayor efecto que tendría la quimioterapia si decido hacerla?

—Se le caerá el cabello —me respondió el doctor mientras me miraba a los ojos.

En ese momento empecé a llorar.

El doctor se levantó, tomó un Kleenex y me lo entregó. Me tocó el hombro y se volvió a sentar.

Lloraba, pero sabía que tenía que hacerme las seis quimioterapias. Si la recomendación del mejor hospital del mundo en oncología era que me hiciera un ciclo de seis, ¿cómo no lo iba a hacer? Además, el doctor me explicó que las dos drogas que se usaban para tratar el cáncer de ovario se estaban aplicando desde hacía más de diez años. No era algo nuevo, había sido probado por mucho tiempo. Luego me entregó literatura sobre los medicamentos así como una guía para manejar el tratamiento de quimioterapia.

Ese día mi vida cambió.

Estuve llorando hasta las cuatro de la tarde. Ramiro, mi esposo, trataba de calmarme, pero solo atinaba a decirle:

—Por favor, déjame procesar esto. Ahora no puedo ni quiero hablar.

Él insistía en tranquilizarme y yo volvía a llorar. Lloraba por lo que me esperaba. Internalizaba todo lo que se me venía encima. Una realidad desconocida estaba a punto de materializarse. Lo que antes eran mis prioridades de vida ahora se tornaban insignificantes. Mi vida era ahora mi prioridad.